

Citation: Mesa Gancedo, Daniel. “Romper el límite. La poesía de Roberto Juarroz”. *Revista Letral*, n.º 29, 2022, pp. 302-307. ISSN 1989-3302.

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial, 3.0, Unported license.



Romper el límite. La poesía de Roberto Juarroz

Breaking the Limit. Roberto Juarroz's Poetry

Daniel Mesa Gancedo

Universidad de Zaragoza/
danmesa@unizar.es

ORCID: 0000-0003-3433-1775

[Saldaña Sagredo, Alfredo. *Romper el límite. La poesía de Roberto Juarroz*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2022, 315 pp.]

La obra de Roberto Juarroz (Argentina, 1925-1995) constituye uno de los proyectos más coherentes de la poesía hispanoamericana del siglo XX. Desde su primer libro de 1958 (*Poesía vertical*) hasta su última entrega en vida (*Decimotercera poesía vertical*, 1994; aún habría otras dos póstumas), toda su escritura poética parece un “poema continuo” o “interminable” que, adecuadamente, se ha vinculado –también en la obra que aquí se reseña– con el *Livre* mallarmeano y, en consecuencia, con una muy precisa comprensión de la escritura poética en la modernidad. Activo participante en el campo poético argentino de los años 60 –como director de una revista tan significativa como *Poesía=Poesía*–, Juarroz supo guardar siempre una medida distancia con respecto a las zonas más expuestas de ese campo, y recogió sus reflexiones sobre la teoría y la práctica poética en tres volúmenes (publicados en los años 80: *Poesía y creación*; *Poesía y realidad*; y *Poesía, literatura y hermenéutica*). Dedicó además su actividad profesional a la bibliotecología, como profesor en la Universidad de Buenos Aires, un territorio que –contra lo que pudiera parecer– supo integrar perfectamente en su concepción de la palabra poética.

Todo ese material y mucho más es acopiado y desmenuzado por Alfredo Saldaña en el volumen que acaban de publicar las Prensas de Zaragoza y que se erige como un trabajo ya imprescindible para acercarse a la comprensión de esa singular propuesta poética. El profesor Saldaña, poeta él mismo, venía ya dedicando desde hace unos años muy precisa atención a la obra

del argentino, convencido –no sin razón– de que en esa escritura continuada se encuentra uno de los cauces más originales y productivos de la poesía en español del siglo XX. Ahora ha ampliado su reflexión en este libro organizado en siete capítulos –más las sintéticas e iluminadoras introducción y conclusión–, capítulos de marcado carácter ensayístico (sin numerar, a modo de calas relativamente independientes, adoptan una exposición continua –tanto como la propia poesía juarrociana–, sólo ocasionalmente segmentada por discretos asteriscos).

Los títulos de cada uno de esos capítulos permiten, no obstante, percibir con claridad el sentido de la lectura de Saldaña. En “El lugar de Roberto Juarroz en la poesía contemporánea”, el primero y más extenso (pp. 17-80), se acotan con mayor o menor precisión las relaciones de esa escritura con otras del ámbito argentino, hispánico y, finalmente, occidental. Se inicia así un movimiento hermenéutico (metodología declarada explícitamente por el crítico) que no hará sino ampliarse, al modo del giro de una peonza, metáfora usada aquí para definir la dinámica de la poesía juarrociana y que asume –como también lo hace esa misma poesía– el riesgo de la deriva y la eventual inestabilidad. El foco de ese movimiento hermenéutico será la idea de la “negatividad”, aquello que Thibaudet llamó los “órdenes negativos” para el caso del ya evocado *Livre* mallarmeano; órdenes en los que otros lectores privilegiados de Juarroz, como Cortázar (aquí siempre oportunamente recordado), detectaron la esencia de la modernidad (y los proyectaron sobre el motivo de la presencia, de raigambre heideggeriana, esencial en Juarroz –como estudia perfectamente Saldaña– y que el propio Cortázar usó como título de su primer libro de poemas, publicado en 1938 con el seudónimo de Julio Denis).

Saldaña parece ceñirse a ese mismo orden negativo para desencadenar su lectura, al afirmar sin ambages que Juarroz “no tiene antecedentes” (28) y al lamentar la supuesta inatención crítica a la obra del argentino, que parecería perdida en el “desierto” (17). Sin embargo –quizá deconstruyéndose a sí mismo–, una de las virtudes de este estudio es trazar la genealogía de esta singular poética y presentar un minucioso panorama de las lecturas y múltiples ediciones que lo han precedido (sin olvidar las aportaciones peninsulares).

En el segundo capítulo, “Sobre las conflictivas relaciones entre la escritura y el pensamiento” (81-118), se encuentra el núcleo de la interpretación de Saldaña. Para construir la base de su argumentación y asegurar el lugar de su aporte, el crítico aduce la escasez de “poesía del pensamiento” en español, horizonte vacío sobre el que la propuesta de Juarroz destacaría. Apuntando a uno de los debates “canónicos” de la poesía hispánica (aunque más bien peninsular), Saldaña propone un gesto de apertura muy saludable y poco realizado todavía –al menos de esta orilla–: leer

la poesía en español de (y desde) *afuera*, buscando una especie de “tercera vía” que propiciara una reactivación del discurso poético en esta lengua, más allá de la polarización entre experiencia y conocimiento. Esa reactivación ha de ser un capítulo esencial en la historia –aún por escribir– del diálogo entre la poesía española e hispanoamericana en el momento posterior a las vanguardias. La primera nota del capítulo primero y las páginas que en el penúltimo dedica a la conexión Valente-Juarroz nos hacen esperar un desarrollo que Saldaña podría emprender con incomparable solvencia.

Esa idea de la “tercera vía”, no obstante, ya la propuso Álvaro Salvador, fijándose en el gesto antipoético de Nicanor Parra (que aún no parece haber sido replicado en España, como también ha indicado a veces Ignacio Echevarría), con el cual la *contrarrealidad* cartografiada por Juarroz o su propuesta de un antilenguaje, antidiscurso, anticódigo o antigénero (estudiadas por Saldaña en su cuarto ensayo, pp. 113 y 137-179) podría presentar interesantes afinidades, a partir de las tensiones entre lo “real” y lo “abstracto”, que atraviesan ambas poéticas. Uno de los dísticos acaso más enigmáticos de Parra podría sintetizar esa tensión: “Es de noche, no piensa ser de noche / es de día, no piensa ser de día” (“Saranguaco”). La larga tradición de una posibilidad impersonal e intransitiva del pensar (habría que decir “piensa” como quien dice “trueno” o “relampaguea”, según recuerda Borges que había propuesto Lichtenberg) podría iluminar algún otro ángulo de la poética de Juarroz, bien desmenuzada por Saldaña en cuanto a su manifestación en el enunciado (cómo aparecen y qué quieren significar el “pensamiento” y el “pensar” en esta poesía), pero que tal vez se muestra más inexpugnable desde la perspectiva de la enunciación (cómo *piensa* esta poesía, más allá de su recurso a la antítesis y a la paradoja, perfectamente analizado por Saldaña).

En tal sentido, Juarroz podría representar también una tercera vía, por así decir “intra-americana”, si se lee *entre* los que podríamos considerar dos faros de la poesía hispanoamericana contemporánea: Parra, en efecto, y Octavio Paz. El nombre del mexicano sí comparece en diversos lugares de este estudio –dedicó cierta atención crítica a Juarroz, de quien fue también amigo–; pero no en ese capítulo dedicado a la poesía y el pensamiento, ni en el siguiente, dedicado a “Escenarios y representaciones de la *otredad*” (119-135). Octavio Paz –desde un ensayo como *El arco y la lira* casi estrictamente contemporáneo de la primera *Poesía vertical*– hizo de esos dos motivos (pensamiento, otredad) el centro de su concepción de la poesía, y el proyecto juarrociano se constituye en buena medida como un diálogo con la propuesta del mexicano (de paso, puede señalarse que el interesantísimo análisis del símbolo del “blanco” en la poesía de Juarroz que se lee en las páginas 116-117 de este libro invita a

abrir ese diálogo Juarroz-Paz hacia la incorporación del poema *Blanco* del mexicano, de 1967).

A partir del tercer capítulo recién evocado (el dedicado a la “otredad”), el ensayo de Saldaña se vuelca hacia los motivos y símbolos que constelan esa poética del pensar: todavía en ese capítulo se persiguen las manifestaciones del “afuera”, del “revés”, de la “espalda”. En el siguiente (“Lenguaje poético y *contrarrealidad*”, 137-179), toca delimitar el significado del “espejo” o del “vacío”, que conducirá casi “naturalmente” (en el capítulo: “La verticalidad del abismo”, 181-206) a la profundización en el *gouffre* (más allá de Baudelaire), de la “caída” (por fin con *Altazor*), la “oscuridad”, la “nada” o –finalmente– de la “locura”. Esta secuencia de tres capítulos orienta el método hermenéutico declarado por Saldaña hacia los territorios de la poética de lo imaginario, lo que en el capítulo (“Roberto [entre otros] Juarroz”, 209-265) dará pie a unas interesantísimas páginas dedicadas a la relación del argentino con la figura y la obra de Gaston Bachelard, apoyadas en testimonios de lectura directa, de extraordinario valor documental. Quizá llama la atención que no se mencione al mismo efecto el nombre de Gilbert Durand, cuyo análisis de los regímenes nocturno y diurno de la imaginación, así como el de la dinámica de la verticalidad en las *Estructuras antropológicas de lo imaginario* podrían haber sido utilísimos (perspectiva que desarrolló Sánchez Aguilar en su introducción a la antología de Juarroz en 2012). No obstante, Saldaña sí recuerda el dato (precioso al respecto) de que Juarroz y Durand trabajaron juntos (y con otros) en el Centro Internacional de Investigación y Estudios Transdisciplinarios (286), entre 1990 y 1995.

Interesa subrayar que esta lectura de Juarroz se despliega de forma orgánica en secuencias que son giros, o, por recordar la metáfora ya citada, amplios y elegantes trompos de una peonza que, volviendo sobre aspectos previamente presentados, amplía en cada ocasión el trazo y afianza la huella de (y *para*) la lectura. En el capítulo recién evocado –penúltimo del ensayo– se explora –con generosísimas exposiciones de los respectivos proyectos filosóficos y poéticos– la inserción de “otros” en la figura y la escritura poética de Juarroz: además del citado Bachelard, se recoge la omnipresente y diseminada –desde las primeras páginas– voz de Antonio Porchia; se evoca el ejemplo y la iluminación para el pensar de María Zambrano (cuya “presencia” silenciosa parecía una inminencia en el capítulo dedicado a ese problema) y se provocan tres irradiaciones arriesgadas de la poesía de Juarroz hacia la de René Char, la de Paul Celan y la de José Ángel Valente, haciendo resonar de nuevo el problema del “silencio” (y el nombre de Blanchot, que también había surgido al hablar de la “otredad”) y vinculando *la ruptura de los límites* que a juicio de Saldaña constituye la esencia de la poesía del argentino con la

todavía más radical y concreta *rotura de la palabra*, más *dicha* en Juarroz que *(des)hecha* –como en efecto ocurre en Celan–.

Tras cerrar en este capítulo sexto el círculo hermenéutico planteado en el segundo, Saldaña concluye el desarrollo de su estudio con un aporte documental simétrico al ofrecido en el capítulo primero: si allí se detallaba el estado de la cuestión y se delimitaba el lugar de Juarroz en el campo poético argentino e hispanoamericano, ahora, bajo el modesto título de “Otros registros expresivos” (267-293), encontramos un venero riquísimo de datos sobre la ocupación profesional de Juarroz como especialista en bibliotecología y ciencias de la información; datos que no son en modo alguno accesorios, sino que engranan –y así nos lo muestra Saldaña– a la perfección con el proyecto poético del argentino (basado además en una de-construcción de la crítica, la historia y la tecnología, señalada en diversos momentos del estudio).

Nos encontramos, pues, ante un trabajo insoslayable para quien, de ahora en adelante, quiera acercarse a la obra de Roberto Juarroz, escrito por un crítico comprometido con su materia (y que no vacila ante la digresión lírica –una lírica del pensar– o crítica, cada vez que la considera pertinente). Saldaña conoce como pocos esta obra, hasta en los márgenes más o menos ocultos, y ello es fruto de una intensa investigación de campo, que le ha permitido acceder incluso a transcripciones de intervenciones orales del autor. Domina, desde luego, la bibliografía crítica, y revela su larga conversación con el argentino y con casi todos los que lo precedieron en ese diálogo. Si el interés con el que hemos leído este libro autorizara a señalar alguna de las vueltas más inestables de este magnífico ensayo anotaríamos sólo muy pocos deslices (la fecha de “El escritor argentino y la tradición”, de Borges, que es de 1951, no de 1932, como se dice en la p. 36; la inexistencia –salvo error no detectado por la crítica especializada– de un libro de Pizarnik titulado “Un signo en su sombra” –p. 55 n.–, que en realidad es una sección de *La tierra más ajena*), y añadiríamos algún matiz a ciertas interpretaciones del campo literario argentino (la presentación del “martinfierrismo” por referencia al poema decimonónico, sin mencionar la revista del mismo título de los años 20, que es la que en realidad dio nombre a esa que podría considerarse modulación porteña del ultraísmo). El mismo interés del lector podría hacer añorar otro giro que, sin duda, pocos como Saldaña están en disposición de completar: el que reconstruya o describa el archivo juarrociano (algo quizá no impertinente para quien, como bien se nos explica aquí, hizo de ese lugar –el archivo, la biblioteca– un objeto de reflexión profesional, que también era poética). Ciertamente que no es el objetivo ni el enfoque de este estudio, que prefiere soslayar la génesis y aun la diacronía de una obra continuamente en marcha; una obra que parece no conocer la evolución y asumir la simultaneidad como

una característica esencial. Pero no es menos cierto que, por *vertical* que se diga, esta escritura se desarrolla secuencialmente y construye una sintaxis –en cada entrega y entre todas las entregas– que podría provocar otra lectura. Sea como sea, conviene repetirlo, esa otra lectura queda obligada a asimilar la de Saldaña para dotarse de una densidad que estabilice sus propios giros.